

do llevado á la *Gaceta* que sin embargo no lo publica.

¿Qué misterio es este?

El anuncio sin firma publicado en la *Gaceta* no puede proceder del Gobierno, pues que el señor ministro de Hacienda ha declarado en las Cortes que él ha negociado con las casas contratantes del empréstito, y que nada tiene que ver con la suscripción abierta por aquellas casas.

Entonces ¿cómo la *Gaceta* ha puesto obstáculos á la publicación del anuncio firmado por el Sr. Carraza y Valle, secretario de la comisión de suscriptores de Madrid?

Esto y la procedencia del anuncio sin firma en la *Gaceta* es lo que vendría aclarar.

Mas justo é imparcial que la mayor parte de nuestros periódicos, un diario del vecino reino al ocuparse del discurso del Sr. Ruiz Zorrilla sobre la Milicia popular, aplaude la franqueza y sinceridad con que expuso los defectos de su actual organización, arrojando la impopularidad que el decir ciertas verdades había naturalmente de acarrearle, aquí sobre todo donde estamos mas acostumbrados á juzgar por la pasión del momento que por el criterio maduro de la razón y de la experiencia.

El periódico en cuestión, afiliado en el partido mas radical de cuantos existen en Portugal, examina sin prevención alguna el estado de nuestra Milicia popular, y dice que si esta institución ha de ser una garantía para la conservación de las libertades y no un peligro constante; si ha de responder al carácter popular que la distingue y dejar de ser un elemento antagónico con otras instituciones no menos importantes para la causa de la libertad, necesario es que modifique su organización actual, que renuncie á los uniformes ridículos á las formaciones inútiles y á las guardias perjudiciales para sus individuos. De otra manera, la Milicia popular será lo que ha sido siempre en España, fuera de la época de la guerra civil, una rémora, un obstáculo para la consolidación de las libertades, sin que contribuya generalmente con su esfuerzo en los momentos de verdadero peligro para salvar esas mismas libertades.

Leemos en la *Regeneración*:

«Del Pueblo tomamos lo siguiente:

«Parece ser que el P. Cirilo, cardinal arzobispo de Toledo, ha dirigido una orden á los clérigos de su diócesis para que en lo sucesivo se abstengan de hacer en los sermones de las funciones de aniversario ninguna clase de alusiones al estado actual de cosas y mucho menos á los acuerdos tomados por las Constituyentes.»

No lo creemos. El cardinal arzobispo de Toledo no puede haber inferido ese agravio al clero católico, porque su eminencia sabe que ese clero solo predica desde el púlpito el Evangelio de Jesucristo, y ni remotamente puede suponerse que le obligue á hacerlo así el miedo á los enemigos de la religión quien viste la púrpura cuyo color significa la vocación á derramar su sangre por la fé cuando sea preciso.»

No se le puede decir mejor á su eminencia que si tal ha hecho lo ha hecho por miedo, y que si tal ha mandado no debe cumplirse su mandato.

A fe, dirá su eminencia cuando lea las reverentes líneas de la *Regeneración*, que estos señores tienen en gran respeto las órdenes de los obispos.

¿Habrá desgracia como la de los moderados? Hasta los neo-católicos les exacerba y maldicen.

Lean Vds. estos dos párrafos de la *Regeneración*, llenos de espíritu profético:

«Pensásteis sin duda haceros señores absolutos, pacíficos poseedores de esta tierra, el día en que lográseis estrapar de ella la semilla de la religión santa que condena á los siberianos y á los concupiscentes!»

Ahora gemís en el destierro, y no volvéreis mas á la patria como señores. Dad gracias á Dios si os permite volver á ella como simples ciudadanos á ganar vuestro pan trabajando.»

Las Cortes reproduce del *Eco de Extremadura* la siguiente noticia:

«Dícese que dos sacerdotes pertenecientes á este obispado, han remitido al prelado sus licencias, manifestando preferir la religión protestante. Uno de ellos se dice que es el cura párroco de Maguilla.»

CORTES CONSTITUYENTES.

Sesion del día 17 de mayo de 1869.

A la una y cuarto de la tarde la abrió el presidente Sr. Rívera.

Se leyó y aprobó el acta de la sesión anterior.

El Sr. VAZQUEZ CURIEL hizo notar que necesitaba una licencia mayor de la de dos meses que se le había concedido por la mesa.

El Sr. PRESIDENTE contestó que las Cortes así lo acordaron en uso de un derecho indisputable.

El Sr. VAZQUEZ CURIEL dijo que no se había hecho la pregunta á la Cámara.

El Sr. PRESIDENTE manifestó que tenía el Sr. Vazquez espedito su derecho para reclamar lo conveniente.

Un señor diputado escitó á la comisión de actas á que despachase el informe referente al acta de Castuera.

El Sr. ROJO ARIAS expuso que la demora consistía en las circunstancias especiales de la elección en Castuera.

Entrando en el orden del día continuó el debate pendiente sobre la totalidad de los artículos 33 y 34 del proyecto de Constitución.

El Sr. SERRA CLARA consumió el último turno en contra suponiendo que entre los monárquicos y los republicanos existían mayores diferencias que las de una cuestión de forma como se había querido suponer: que existían dos corrientes opuestas; los monárquicos no reconocían la soberanía del pueblo ni la del individuo; que la monarquía era la negación del dogma democrático, y la república su admisión; que el proyecto de Constitución padecía de doctrinarismo; que la libertad no podía existir en todas las formas de gobierno; que en la esfera política no había mucha distancia entre monárquicos y republicanos, puesto que aquellos como estos aceptaban la idea democrática que está basada en la libertad y la igualdad.

Añadió que la monarquía era incompatible con la libertad, porque había sido siempre una limitación de la libertad en favor de uno; que no había nacido nunca del sufragio y que se había impuesto siempre. Que no podía haber mas que una soberanía, y si esta residía en un pueblo no podía tenerla el rey; que con la monarquía no podía haber libertad de cultos; que á pesar de haberse consignado en la Constitución la aptitud de todos, cualquiera que sea la religión que profese, para el desempeño de los cargos públicos, el monarca, en uso de sus atribuciones, solo nombrará á los que profesen sus creencias religiosas. Que con el monarca la libertad de imprenta no existiría, ni tampoco la de reunión, ni ninguno de los derechos individuales.

Expuso que entre los monárquicos había de distintos matices á los cuales los separaba algo mas que una cuestión de forma, según se desprende del texto mismo de los artículos del proyecto que se discutía, en que se consignaban atributos para el monarca contrarios al principio democrático, entre otros el veto ó sanción al poder legislativo: que las aspiraciones de la revolución de setiembre eran las de la monarquía democrática, y que si se hiciera esta institución, yo mismo—dijo—votaría el veto y por consiguiente la imposición de un rey estúpido ó malvado sobre todos los españoles.

Manifestó que no dudaba de que los monárquicos traerían un rey si se empeñaban en ello, pero que sería rey de un partido y tendría que estar reñido con el resto del país, que deseaba á respetarse á cada uno en su puesto por medio de la libertad para todos. Que el grito de setiembre «abajo lo existente» no fué solo á aquella dinastía y á aquel gobierno, sino de toda la organización entonces del país, y por lo mismo debía ahora trarse un orden de cosas nuevo, lo cual no sucedía con la monarquía que se desprendía del proyecto de Constitución.

Negó que la España fuera monárquica, aunque, dijo, no pretendía asegurar que fuese republicana, pero si que la inmensa mayoría del país era indiferente, buena prueba de ello las mayorías que tuvieron siempre todos los gobiernos.

Manifestó que hoy había de los tres millones de españoles que arroja la cifra del sufragio electoral setecientos mil republicanos, y que si se proclamase hoy la república seguramente no quedarían seiscientos mil monárquicos.

Censuró que España, que era la nación mas pobre de Europa, tuviera el palacio y la corte mas fastuosa de todas las naciones.

Dijo que en Francia la monarquía era de hecho electiva, y que se atrevía á asegurar que el hijo de Napoleón no regiría los destinos de la Francia. Que con la monarquía hereditaria que se quería traer solo el primer rey podría acaso reconocer la soberanía del pueblo; pero su hijo ó sucesor no reconocería otro derecho que el de la urna real.

Relató la situación política, social y geográfica de España con relación á Europa para sentar la premisa de que las condiciones del país no hacían exigible la monarquía.

Dijo que los inconvenientes que se oponían al planteamiento de la república no procedían del pueblo, y si de la falta de voluntad de los hombres públicos.

Defendió la república federal, manifestando que todos los cargos que se la dirigían probaban la inconveniencia de la república unitaria, porque era necesario, dijo, devolver á la provincia y el municipio, hoy completamente muertos, la autonomía y la libertad de que les privaba la absorción por el centro de los extremos.

Y terminó exponiendo que la perspectiva del país, con lo que se venía haciendo, sería unos meses de libertad, después la expansión monárquica y una situación de fuerza en contra del pueblo y luego otra situación de fuerza revolucionaria en pró del pueblo á quien nunca se engañaba impunemente.

Haciéndose cargo de los últimos discursos de los señores Palanca y Orense, dijo:

El Sr. SILVELLA: Señores diputados: el discurso profundo y meditado que pronunció el viernes el Sr. Palanca, y la peroración intencionada con que ha ocupado hoy las primeras horas de la sesión el Sr. Serracera, os demuestran de una manera evidente que ha concluido aquel período de escaramuza de las enmiendas, y os anuncia que llegamos á lo recio de la pelea. Entre, pues, señores por mi parte en línea, y entro con gran confianza en el templo de mis armas aunque con desconfianza suma en cuanto á la fuerza del brazo que las ha de esgrimir.

Cuanto mas voy avanzando en la vida política, mas me penetro de las inmensas dificultades que ofrece la tribuna española. En este, señores diputados, un país en que hay imaginaciones tan frescas, talentos tan esclarecidos, palabras tan fáciles, que el papel de oyente es muy grato, pero el de actor muy difícil.

Debo ante todo una explicación al Sr. Palanca, y una contestación al Sr. Orense.

El Sr. Palanca indicaba el día pasado que extrañaba que yo me agravase de la nota de doctrinario; y en verdad, señores, que esto no es exacto. S. S. puede llamarme doctrinario de la misma manera que yo puedo calificarle de radical en el uso de nuestro respectivo derecho; puede llamarme hábil si por habilidad se entiende cierta predisposición en el espíritu para explicar lo que uno siente y cree, de manera que sus sentimientos y su opinión penetren en el ánimo de los demás; esto, en realidad, es un elogio que no merezco, y que agradezco infinito al que me lo dirige. Pero no era de esto de lo que me quejaba, y ahora contesto al Sr. Orense; la habilidad que me imputaba el Sr. Orense, la habilidad de que yo me he dado por sentido, es de otro género.

El Sr. Orense, impenitente en cuanto se trata de partido conservador ó de unión liberal, me arrojaba al rostro un género de habilidad, que colocada al lado de la falta de espíritu de conservación del partido progresista había de producir la muerte de este; por consecuencia hablaba de una habilidad letal, por decirlo así cartaginesa; y esto que rechazó días pasados con la ironía, puedo y debo rechazarlo hoy seriamente ya que se reproduce el cargo. A este propósito el Sr. Orense intentó hacer una traducción de un pensamiento del Tasso, traducción necesariamente libre, atendida la distancia que media entre aquella poesía atisnante y el tono general llano y vulgar de los discursos de S. S. Acusaba S. S. á las personas de procedencia conservadora de que querían hacer tragar al partido progresista no sé qué áspera y maquiavélica droga, apelando para lograr nuestro intento á no sé qué alimbar democrático para humedecer.

Di soave licuor l'orli del vaso.

Pues yo, señores, protesto por mi parte contra semejante imputación: yo que hablo á la España liberal, yo que me propongo dirigir cargos á la minoría republicana, quiero hacerlo, tengo derecho de hacerlo desde el campo liberal y protesto contra esa especie de derecho exclusivo que S. SS. quieren crear á favor suyo cuando de los derechos d l pueblo y de la libertad de la patria se trata.

En el primer período de mi vida política impugné hasta donde mis fuerzas alcanzaron la ley de reuniones, defendí los comités progresistas, sostuve la rebaja del censo electoral, combatí las administraciones moderadas, sufrí después el destierro y las persecuciones que se me impusieron y continué luchando desde las columnas del valeroso IMPARCIAL. Pero hoy que sería un título de gloria haberlo hecho, me cumple declarar que por razones con que no he de molestaros, no salí del terreno de la legalidad, y no tomé parte ninguna en el movimiento antidinástico y en la revolución de setiembre. Estaba pues en una posición enteramente libre. Dada mi situación, lo cómodo, lo egoísta era consagrar al ejercicio de mi profesión, alogiando suficiente para mi espíritu, y á los goces puros y honrados de la familia.

Lo hábil, Sr. Orense, era entrar en política, pero entrar de cierta manera, quedándose á la margen, no haciendo transacciones, erigiéndome por el contrario en una especie de Casandra conservadora para poder invocar con plañidero acento los fueros del orden, y lanzar para el día de mañana tremendos vaticinios. Lo hábil en suma, era esperar la vuelta de la rueda inconstante de la política para que en su movimiento de ascensión me hallase en la integridad de mis principios conservadores. Pero había un tercer camino, y ese, créame el señor Orense, ese me lo ha dictado el puro patriotismo; ese camino era el de entrar de frente en el torrente de la revolución, el de aceptar ese hecho revolucionario que yo no había creado, pero que el país había aceptado, y entrar con energía, con decisión, con nobleza, con lealtad, sin reservas mentales de ninguna especie, sin segunda intención. Así vine yo á la revolución de setiembre. Yo que aborrezco todas las exageraciones: yo que abrigó la íntima convicción de que la exageración mata la idea; yo que había sostenido contra los fanáticos del orden la primera campaña de mi vida, yo creía que la patria me reclamaba para que viniera á sostener la segunda campaña contra los fanáticos de la libertad.

No acepté, pues, un alto puesto ofrecido por la amis-

tad, no ganado por los mercaderes y que debía reservarse á los que iniciaron la revolución, pero acudí presuroso al modesto puesto de concejal del Ayuntamiento de Madrid, y en qué momentos! cuando aquel pueblo que había tomado las armas, no para conquistar la libertad, ganada ya por los soldados de Alcolea, pero sí para prestar un gran servicio, para preservar á la revolución de toda mancha y de todo escaso, para impedir esas salvajes escenas de devastación del palacio real que parecían ya de tabla en otros países; cuando ese honrado pueblo acudía á pedir trabajo, el digno señor alcalde, presidente de esta Asamblea, puede decir si este hábil doctrinario no supo pasar días enteros en la plaza de la Villa organizando aquella muchedumbre, dando pan á los trabajadores. El mismo os dirá si en la mañana en que al eco de los sucesos de Cádiz se agitaban las masas populares no tuvo la habilidad de estar de los primeros á su lado y de afrontar toda la extensión del peligro y la responsabilidad.

Cuando el Gobierno creyó que podía ser útil en el consejo de Estado, aceptó de ese alto puesto solo el trabajo y la responsabilidad.

Conste, pues, señores, y perdonadme os haya hablado tanto de mí en justa defensa: conste, pues, que no renozo en el señor marqués de Albaida ni en nadie el derecho de dudar de mis intenciones y de aparentar que abrigó mas propósito que el de contribuir en mi modesta esfera á afianzar el orden, la libertad y la prosperidad de mi patria.

Conste además, que aunque procedente de las filas conservadoras, he vivido mas con el pueblo y he estudiado mas al pueblo que muchos de los que se sientan en esos bancos de enfrente. Si: yo he dedicado toda mi vida dos ó tres meses á residir, no á sitios reales, no en residencias aristocráticas, no; sino para vivir en mi provincia de Avila, recorriendo pueblo por pueblo; yendo con el cazador arrojado, á las volcánicas cumbres de Gredos, entrando en la choza del leñador: aceptando la hospitalidad castellana del mas pobre agricultor y desatrechando en mis peregrinaciones mas de esas manos ennegrecidas por la intemperia, agrietadas por el sol, encallecidas por el contacto de los instrumentos del trabajo, que la mayor parte de los republicanos.

Es mas, de mi amor al pueblo, brota el sentimiento que me obliga hoy á lanzar cargos á la minoría republicana, pues tengo para mí que vosotros hacéis con el pueblo lo que ciertas madres amorosas, pero indiscretas, que á fuerza de halagos, de carinos, de libertades prematuras, acaban por convertir al hijo que Dios les ha dado robusto, enérgico y dotado de los mejores instintos, en un sér enteco, débil y enfermizo. Yo discuto, pues, con vosotros; pero discuto en interés del pueblo, y en interés de la libertad y el orden, de la patria.

Penetremos ya, señores diputados, en la cuestión esencial que nos divide. ¿Qué es lo que nosotros debatimos aquí el Sr. Serracera y yo? La monarquía ó la república. Pues lo que nuestra monarquía es, está consignado en el proyecto de Constitución; los derechos que nosotros reconocemos, allí tambien están consignados con claridad, y se han discutido todos ellos. Queremos como base de nuestro sistema el sufragio universal, y las libertades de imprenta, asociación, y reunión; queremos la libertad religiosa: creemos que los asuntos del país deben discutirse en dos Cámaras elegidas por ese medio; creemos que debe haber ministros responsables, y creemos que como coronación de ese edificio debe existir en España la forma monárquica.

Y por cierto que cuando aquí se insiste por el Sr. Serracera y por otros acerca de los abusos que puede cometer el monarca, se prescinde por completo del mecanismo de nuestra Constitución, porque en ella hay un Consejo de ministros perfectamente responsables, hay un Consejo de ministros, Sr. Serracera, á quien con entera libertad pueden dirigirse en la prensa cargos políticos sin llegar para nada á la persona del monarca; y el monarca, si ha de gobernarnos constitucionalmente, tiene que contar con ese Consejo de ministros y con la mayoría de ambas Cámaras, en las que por cierto, según os hizo notar días pasados el dignísimo señor presidente de la comisión, no podrán entrar esos ministros sin la investidura popular.

¿Y por qué suponéis siempre en vuestros argumentos que el monarca ha de ser un monarca de mala fé? ¿Pero acaso la historia contemporánea no os presenta presidentes de república capaces de arbrigar proyectos liberticidas? ¿Cabe poner mas cortapisas ni imaginar mas precauciones que las que ponía la Constitución de 1848 al presidente de la república francesa? ¿Pues qué, allí no había una comisión permanente; allí no había cuestores con fuerza pública á sus órdenes? ¿No se componía esa comisión de generales ilustres? ¿Y qué sucedió? Que el día del golpe de Estado en que se relevó la guarnición, y entró otra adicta al presidente de la república, el presidente de la república convirtió aquella república en imperio. No discutamos, pues, en el terreno de los golpes de Estado, que si golpes de Estado dan los monarcas, golpes de Estado dan tambien los presidentes de la república.

Y es mas, y me valgo de una indicación que ha hecho el Sr. Serracera. Ha dicho S. S. que á las personas que se encumbran les dan vértigos; pues yo le digo que contra los vértigos no se conoce otro remedio que el acostumbarse á vivir en sitios elevados. Con la forma monárquica tenéis un principio connaturalizado con su alta posición de jefe del Estado: con la forma republicana elevais cada cuatro años á un simple ciudadano á alturas para él desconocidas y que le esponen á desvanecimientos funestos para la libertad.

En frente de esa monarquía organizada según dice el proyecto de Constitución, y en el cual, Sr. Serracera, no estamos divididos, puesto que ni hay votos particulares ni nada que autorice á S. S. para hablar de divisiones, puesto que todos los artículos se van aprobando con enmiendas que lo mejoran, pero no lo desnaturalizan; en frente de esa monarquía que todos conformes y sin ningún voto particular intentamos establecer; en frente de esa monarquía con todos sus esenciales atributos pero rodeada de instituciones democráticas, basadas en el sufragio universal, ¿qué es lo que pone su señoría? Porque España va á escoger entre dos sistemas de gobierno, y es preciso que conozca ambos en toda su extensión.

En nuestro sistema podrá haber defectos, pero lo que es falta de claridad, eso no; si hay quien no comprende lo que es nuestra monarquía, no será porque nosotros no lo digamos, porque ahí está el proyecto que explica nuestro pensamiento. ¿Y ahora qué quiere S. S.? ¿Qué quiere poner el Sr. Serracera enfrente y en paragon con nuestra monarquía? Porque la observación de que nuestra monarquía tiene defectos, esa observación de nada sirve, puesto que no hay institución humana que no los tenga. ¿Qué es, pues, lo que pone en frente que los ofenda menos?

Yo ya sé que S. SS. no quieren la república de España con las lotas, ni la de Roma con los plebeyos y patricios y siervos gladiadores, ni la de Venecia con su libro de oro, su tribunal de los diez y su inquisición: yo bien sé que tampoco defienden la república de 1793 con sus magníficos principios de igualdad, legalidad, fraternidad, y con su triste emblema de la guillotina; lo que S. SS. quieren yo lo conozco, no sé si acertaré á describirlo.

Quieren S. SS. una república en que brille la libertad en todas sus manifestaciones, una sola manifestación limitada ó suprimida os hace caer en el nefando pecado del doctrinarismo; por consiguiente queréis la libertad en todas sus manifestaciones; queréis una república en que, las clases conservadoras, atendiendo á la voz de los Sres. Abarzuza y Castelar, se desprendan de repente de todas sus preocupaciones envejecidas en materia de monarquía, comprendiendo que les interesa un gobierno barato y mas aun que la supresión del poder permanente puede redundar en beneficio de esas clases,

que pueden efectivamente ocupar cuatro años el cargo de jefe del Estado; una república por la que el proletariado comprenda que para salir de esa posición no tiene mas que el camino del trabajo y del ahorro; una república en la que el municipio funcione con entera independencia; una república en que las provincias y los intereses provinciales vivan en entera libertad; una república en la cual no sean necesarias las corporaciones que se dedican á la enseñanza, las universidades que han desempeñado y desempeñan en los adelantos intelectuales un papel parecido al de los gremios; que fueron un gran progreso para las artes y para la industria y una gran rémora hoy; una república que permita abolir la horrible pena de muerte y las penas perpetuas que tambien repugna el sentimiento humano; una república en la cual practique cada uno el cumplimiento de sus deberes, no por temor al rey ni al jefe del Estado, sino por el convencimiento fatimo que así contribuya cada ciudadano al bien de la Nación; una república, señores, en la cual por medio de la libertad y por medio de la justicia se realice el derecho; una república en fin, que llegue á lo que debe ser el ideal de nuestras aspiraciones, que realice el bien moral, el bien social, el bien material.

Yo bien comprendo que eso es lo que queréis, pero esa república, os lo advierto, la quiero yo tambien, esa república la quiere la comisión, y la mayoría de las Cortes. Es mas; á esa república, entiendo yo que tengo en el progreso humano, á esa república entiendo que yo marchando la vieja Europa por los medios materiales por las grandes invenciones del telégrafo y ferro-carriles, que ensanchan la esfera de la actividad humana; esa república se va marchando por medios industriales por la libertad de comercio, de navegación, por la educación popular; á esa república se va en fin, por los caminos políticos, por el admirable vehículo, como lo veis en Inglaterra, del gobierno representativo.

Pero tiene un gran obstáculo esa hermosa república del porvenir, y ese gran obstáculo son los republicanos del presente; ese gran obstáculo en Italia se llama Mazzini, en Francia Prudhom, Blanc, Cabet; en España Orense y Castelar, y no sé si mañana se llamará García ó Joarizti.

Y yo que he acertado á describir la república de una manera que os ha agradado, yo por consiguiente tengo mucha fé en que comprendo que ha de ser esa república del porvenir, digo que esa no es la república del presente, y esto es una cosa de facilísima demostración.

«Si yo tuviera la rica imaginación del Sr. Castelar, yo intentaría presentar con formas gráficas, con un ejemplo, esta gran verdad.

Trasladando a la imaginación a un frondoso viñedo, ¿quién es el que quiere, el que procura que aquel hermoso fruto llegue á su colmo, á su completa madurez? El agricultor que va quitando hoja por hoja para que el sol ore el racimo ó el mozaleté impaciente que le trabanca cuando todavía está sin madurar? Y en verdad que esta imagen me sugiere la ocasión de devolveros un epiteto con que nos honrásteis días hace.

El Sr. Castelar en una ocasión nos decía á los de la mayoría que éramos revolucionarios de agua dulce, ¿permitiréis que á mi vez os llame republicanos de agua fría?

Voy, señores, á la proposición sentada por mí, de que hoy en Europa la causa del gran retraso de la forma republicana son los republicanos, y puedo demostrarlo concretándome al examen de la España actual.

Volvamos todos la vista al 29 de setiembre. Ocurrió levantamiento que algunos ilusos han calificado impopularmente, suponiendo que ese movimiento era debida un puñado de militares ambiciosos, sin advertir que eran á estos militares á quien ofenden, sino á la gran nación española que defendió un trono contra el poder de los franceses, y que cuando lo dejó caer ahora en pedruzcos, sin duda, porque España no quería mantener aquella dinastía. (El Sr. Orense. Ni otra.) Al Sr. Orense le contestaré una cosa. En el manifiesto de Cádiz se decía abajo Isabel II y toda su descendencia. La Junta de Madrid y otras extendieron la proscripción y dijimos abajo los Borbones, pero esto no es decir abajo los reyes. Abajo los reyes ha dicho S. S., cabalmente cuando las juntas al excluir nominalmente á una familia designada venían á dejar á salvo las demás, venían á dejar á salvo la monarquía.

Pero volviendo al hilo de mi discurso. Ocurrido el levantamiento, dada aquella gran situación, ¿qué obstáculos se presentaban? ¿Cuáles eran las nubes que empañaban el horizonte revolucionario el día 29 de setiembre? ¿Cuáles eran los puntos negros, para servir de tecnicismo imperial? Eran dos; una, la restauración moderada, la otra la carlista. ¿Tenían algun valor para destruir esta situación? Bien examinado, absolutamente no.

Con respecto á la restauración moderada, ¿qué es lo que yo he de decir? Un solo hecho pinta lo que es. Sé si recordarán los señores diputados aquellas célebres cartas que precedieron á la batalla de Alcolea y que recuerdan las arengas de los héroes de Homero; aquella carta patriótica del ilustre duque de la Torre en que insinuaba se le abriese paso á sus tropas, y aquella otra carta digna y triste en que se oponía á este desmán de los marqueses de Novaliches, ese bazarro general que hubiese pasado con su vida, ó con su salud, la defensa de aquella situación. Esa persona que daba su sangre por ella, esa persona días antes por medio de la dimisión de cargos políticos que representaba y de otro acto significativo que no quiero aquí precisar, se había separado del completo de aquella situación, y el día de la batalla de Alcolea defendía lo que entendió deber militar, la denianza militar.

Cuando una situación solo encuentra defensores que así la repudian, esa causa ha muerto para siempre y menos para mucho tiempo.

Y esto explica lo sucedido en la batalla de Alcolea. Todos eran valientes, todos españoles; pero puente al se peleaba por una idea, por una esperanza; el puente al se peleaba por un artículo de la ordenanza y el puente a situación que sus forzados defensores menospreciaban en el fondo de su conciencia. Por eso no podía ser dudoso el triunfo triste, como todos en los que se vieron sangre de hermanos.

Con respecto á la otra restauración, á la carlista, ¿ofrecía tampoco ninguna gravedad. ¿En qué se fundaban? En la guerra civil había contado con el apoyo de los poseedores de los mayorazgos; pero estos han desaparecido; con los defensores de los bienes de las comunidades religiosas, que ya se hallan en manos de particulares; con el de las Provincias Vascongadas que creyeron que la conservación de sus fueros estaba unida á la autoridad real, y después han visto que se había equivocado. ¿Qué quedaba á Carlos VII para sus protestaciones? Quedábanle dos ó tres generales envejecidos en ninguna de esas otras fuerzas que podían haber contribuido á realizar sus planes. Cabrera, el conde de Montemayor, la está en Londres hace muchos años, disfrutando de las delicias civilizadoras de aquella gran ciudad, y era el Hércules del carlismo, y ese Hércules está hilando hilos en el dulce copo de la opulencia y del confort á los pies de una onfalá británica.

No había, pues, que temer el 29 de setiembre las empujadas de la reacción carlista.

Pero en cambio ¿cuál era la situación que realmente se inauguraba y que vosotros combatís, perturbando la marcha del progreso? La situación mas grande que ha conocido en España; dentro de ella se hallaba la marina con sus laureles antiguos reverdecidos en el Calao; dentro de ella se hallaba el ejército español, no disciplinado, sino guiado por sus grandes capitanes; dentro de la Torre y el conde de Reus; estaba el partido progresista con sus tradiciones de inmaculada honradez y de amor al pueblo con todos sus hombres mas notables; estaba el partido democrático con sus grandes combatientes hor-

ro años el al... por la que... de esa po... y del alor... cione con p... las presen... la libertad... las corpora... las universi... n los adel... los gremios... para la ind... ca que per... mas pers... mano; una... el cumplim... el jefe del... así contri... eria y por... una repúbl... al de nuest... el bien socia... que queri... o también... o de la Co... que tengo... entiendo qu... osos materia... o y ferro-car... os industria... por la edu... lo, por los... como lo vea... mos repúbl... a se llama M... et: en Espa... llamará Gar... pública de un... signante que... de ser esa... la repúbl... ilísima demo... r. Castelar, y con un ej... rondo vido... que aquel re... leta madur... oja para que... te que le m... Y en verdad... devolverlos... cia á los d... de agua dilu... republicanos... por mí, de q... de la forma... do demost... actual. Ocu... mbre. Ocu... uificado imp... to era debi... advertir que... o á la gran... ra el poder... ahora en cu... eria man... Al Sr. Oren... de Cádiz se... La Junta d... ción y dije... ir abajo los... almente cu... a familia de... venían á de... Ocurrido el... que oca... nubecillas q... el día 29 de... para servir... la restaura... gun valor... amado, ab... rada que es... a lo que es... uellas cele... colea y que... Iomero; aque... Torre en q... y aquella... este des... al que ha p... de aqu... gre por ella... sion de car... to signific... a separado... de la batalla... r militar, la... defensores... ra siempre... a de Alcala... pero puen... nza; del pue... rdenanza y... los menos... so no podía... os que se v... la carlista... qu se fonde... el apoyo d... estos han d... os de las co... manos de l... ascongadas... os estaba un... que se habi... ara sus pre... envejecidos... haber con... de de M... disfrutando... d, y era... á hilando... el confort á... mbre las co... que realme... perturbando... grande que... se habiaban... cidos en el... español, no... capitane... aba el parti... lada honra... res mas not... as grandes co...

ción de estos hechos en sus mismas condiciones. El Sr. Orense fue uno de los primeros que no quisieron venir á esta conciliación: que no quiso aceptar tres ni seis grados de libertad con la cooperación de la unión liberal y de los partidos conservadores, y que quiso sostener que era ventajoso para España el proclamarlo estérilmente, contra la voluntad de los damas.

Pues cabalmente el mal que tenemos aquí, el sistema que viene perdiendo á España, señores, es el querer cada uno implantar sus ideas exclusivas y no cuidar de su auxilio ni de la cooperación de los demás: el sistema contrario al que se ha arraigado en Inglaterra, allí la libertad está á salvo, aquí anda perdida entre revoluciones y reacciones.

¿Y por qué hizo esto el Sr. Orense? Yo encuentro una explicación. El Sr. Orense, es una persona de mucho ingenio; algunas personas que aman mucho la forma, encuentran en S. S. defectos que tachar, pero en esa forma vulgar y popular en que envuelve sus discursos, hay siempre profunda intención. Es, pues, un verdadero hombre político, respetable por sus canas y por sus convicciones; pero estos últimos años, había permanecido apartado de las luchas y de las contiendas políticas; había estado encerrado en el alcázar del puro pensamiento acariaciando allí la idea federal y le ha sucedido, lo que les sucede á los que empiezan á usar dejáronlos y de perfumes que van aumentando la dosis y llega á crearse en su habitación una atmósfera especial que á otros le parece grata, pero que los demás no pueden resistir. Y vino á resultar de estas preocupaciones, de estos monólogos del Sr. Orense con su idea fija, que se creó una atmósfera federal para él respirable, pero en la cual se asfixiaba España.

Al lado del Sr. Orense, el Sr. Castelar, también se separó del pacto, tampoco quiso entrar por ese camino de intentar una constitución de la España liberal; también prefirió sostener el radicalismo y también encuentro yo la explicación de esto.

El Sr. Castelar es una de las glorias de nuestra tribuna, el Sr. Castelar tiene un privilegio que á él le está reservado, que yo no conozco en ningún orador, que es unir la dulzura de Lamartine, con... no sé cómo expresarlo, con el vigor sintético de Víctor Hugo. Pero estas grandes cualidades tienen, como todas las cosas humanas, sus defectos, y es que hay en S. S. exceso de imaginación, si exceso cabe en una cosa tan rica y coicida. Ese abuso, ese exceso, se revela en sus discursos: hay períodos enteros que no son períodos, son estrofas; hay discursos, que no son discursos, que son himnos. En suma, el Sr. Castelar, es un gran poeta parlamentario, y acontece, señores, que los poetas que tienen su sistema para vencer los obstáculos y las dificultades, como lo tienen ciertos seres impresionables, Las mujeres y los niños, cierran los ojos, y no viendo el obstáculo, lo imaginan suprimido, y los poetas y los hombres de rica imaginación, no hacen esto, pero tienden sus alas, se remontan, y allí desde la altura les parecen suaves ondulaciones, lo que son ásperas y escabrosas sierras que el ingeniero ó el cazador mide palmo á palmo.

Esta elevación de espíritu del Sr. Castelar, es la que le ha hecho no ver sin duda las escabrosidades inmensas de la república federal.

Queda otra tercer persona importante, mi distinguido amigo el notable jurista, el Sr. Figueras. De S. S. no puedo yo decir ciertamente que sea poeta: lo que es, es un gran orador político, es maestro en la esgrima parlamentaria, hasta el punto de que apenas creo pueda medir con él sus armas con ventaja mas que el Sr. Posada Herrera. Es, pues, un hombre práctico; y se dirá, pues, esta se la declaró partidario decidido del planteamiento inmediato de la república federal. Se decidió, si señores, se decidió después; no tenía la fé tan arraigada como el pensador y el poeta (El Sr. Figueras hace signos negativos). Hace señas el Sr. Figueras: ¿pues si me lo ha dicho el Sr. Castelar? (Risas. El Sr. Castelar hace signos negativos.)

Advierto que el Sr. Castelar hace también signos negativos y pudiera creerse que me lo ha dicho en alguna conversación particular, que con notorio abuso vengo á traer á sesiones públicas. Pero si os lo ha dicho á todos, si lo ha dicho á las Cortes Constituyentes. ¿Ya no se acuerda el Sr. Castelar? Pues lo ha dicho en una sesión solemne.

No recordais en el discurso primero del Sr. Castelar, aquel incidente tan admirablemente descrito, cuando nos hablaba de una conversación tenida en el Ayuntamiento y que decía al bajar en las gradas de la escalera: Sr. Figueras, Sr. Figueras, en la dificultad de encontrar monarca, en las dificultades en que se encuentra la monarquía, estamos en lo firme sosteniendo la república. Luego es evidente que el Sr. Figueras necesitaba que el Sr. Castelar le diera aliento y le confirmase en sus vacilantes propósitos.

Al lado de estos señores, habiendo ya un núcleo de oposición liberal, acudieron otra porción de personas distinguidas é importantes: acudió el Sr. D. Federico Rubio que me parece á mí también que rinde con algún escaso culto al idealismo de la república; acudió el señor Pi y Margall que es un pensador retraído, que es una persona que acaricia demasiado en el silencio de su gabinete, la idea, y no la aquilata lo bastante en la discusión de la vida pública; acudieron personas distinguidas, como el Sr. Sorri, jóvenes como los Sres. Abarzuza, La Rosa, Serrallana, con quien discutí en este momento, y otra porción de hombres de talento y de imaginación. También asistió, lo recuerdo ahora, mi compañero de profesión y amigo el Sr. García López, á quien me permitiré hacer una indicación, y es que S. S. tiene la ideosincrasia de la oposición. Conozco muy bien á S. S., y me parece que si hubiera nacido en una república se sentiría con una tendencia irresistible á declararse monárquico.

Y desde aquel momento nació el cisma en el partido liberal y se hizo para mí problemática la consolidación de la revolución del 29 de setiembre. Aquello me pareció que ofrecía peligro mas inminente y mas grave que la restauración moderada ó carlista. En efecto, los hechos, han venido á confirmar mis temores.

Habéis hecho una guerra tenaz, ruda, empeñada y la hacéis, señores, en realidad contra el éxito y el triunfo de vuestras propias ideas. Para arraigar algo en España, y esto es de sentido común, era preciso dar fuerza, popularidad y vigor á las Cortes Constituyentes, formadas al calor del movimiento de setiembre, constituidas por sufragio universal, y que representaban las fuerzas vivas de la revolución. El interés de la revolución en general, no el interés de una fracción ó de un partido, estaba en levantar hasta donde pudieramos á las Cortes Constituyentes. ¿Y que habéis hecho vosotros en este sentido? A los pocos días de reunirse aquí, se levantó el Sr. Orense para atravesar nada menos que á comparar estas Cortes con las de Gonzalez Bravo; con aquellas Cortes, señores, con aquel método electoral en que se empezaba por suspender las garantías, por desterrar á los candidatos, por tenerlos confinados é impedirles que acudieran á sus distritos. Es decir, que se compara aquella verdadera mistificación electoral con la elección que se ha verificado para renunciar estas Cortes, á la que ha precedido la mas amplia y libre propaganda republicana, agitando libremente hasta en aquellas ciudades en que la vispera habían resonado los tiros y en que todavía se agitaba en la atmósfera el humo de la pólvora. No hay, pues, Sr. Orense justicia en esa comparación: no es posible hacerla entre aquellas Cortes de sufragio restringido, de candidatos detenidos, de electores amenazados, con estas cuyas elección se ha hecho con una libertad que no tiene ejemplo en nuestro país. Y, sin embargo, se ha expresado S. S. en tales términos que sus palabras se están invocando por los moderados y los absolutistas. Cuando hablan de las Cortes Constituyentes y del respeto á los acuerdos que ellas adopten dicen «estas Cortes son lo mismo que las

anteriores, y esto no lo decimos nosotros, sino que lo asegura un liberal, el Sr. Orense.»

A los pocos días vino la cuestión de quintas, y siguiendo de ese sistema funesto tratásteis de crear en ella una esdicion entre el poder público, las Cortes Constituyentes, y el pueblo español, cuando de la unión del pueblo y de las Cortes depende que pueda afianzarse la libertad en España.

Se trata después de la cuestión de monarquía, y sin tener en cuenta lo arraigado que se halla en España este sentimiento, cuando conocéis eso, cuando veis que hasta en estos instantes graves, angustiosos, difíciles, luchamos con todas las dificultades de traer una nueva dinastía, y no por eso perdemos la fe en la institución, apealéis á todo género de recursos para deprimirla.

(Se continuará.)

Continúa la sesión del día 17 de mayo de 1869.

Alas nueve y cuarto de la noche continuó la sesión bajo la presidencia del Sr. Rivero.

Continuando el debate pendiente sobre la totalidad de los artículos 33 y 34 del proyecto de Constitución.

El Sr. GIL VERGES consumió el tercer turno en contra exponiendo que las antiguas monarquías fueron necesarias porque eran el patriarcado de la gran familia española: que Isabel II debía el trono á los liberales y que apenas transcurrida la guerra civil su política fué una decepción constante al partido liberal y una aspiración perenne al absolutismo; que estos defectos no eran generalmente personales, y si propio de la institución, por eso, dijo, á mí no me asusta la personalidad de los reyes, lo que me asusta es, la monarquía.

Expuso que el discurso pronunciado en la Cámara por el Sr. Cánovas del Castillo, era un memorial conservador, ó lo que es lo mismo reaccionario, y que si se traía un rey por los unionistas, progresistas ó democratas, que reconocían la soberanía del pueblo, ese rey no olvidaría el memorial conservador presentado á la revolución por el Sr. Cánovas combatiendo el sufragio universal que era uno de los mas grandes triunfos revolucionarios, que la monarquía es el enemigo declarado de la libertad á la que sacrifica siempre en la lucha con el orden, razón por lo que era dicha institución imposible dentro del criterio de la revolución de setiembre.

Censuró el voto que en el proyecto se concede al monarca, manifestando que no se le podía citar el caso un de rey que sancionase su propia destitución que si fuese necesario adoptarla en bien del país, tendría este que proveer á ella revolucionariamente. Censuró también la irresponsabilidad, la inviolabilidad y la herencia, presentando casos de abuso de estas atribuciones ó de sus inconvenientes, bajo el punto de vista del interés nacional. Censuró también la organización del Senado y su nombramiento.

Se suspendió la discusión.

El señor ministro de HACIENDA, previa la venia de las Cortes, subió á la tribuna y leyó el presupuesto de gastos para el año económico próximo de 1869-70 que se acordó pasase á la comisión respectiva.

Continuando el debate constitucional, y el Sr. GIL VERGES en el uso de la palabra, manifestó que la monarquía del proyecto de Constitución era la monarquía de familia, la tradicional, la derribada en setiembre, superior á la soberanía nacional y la que hacia imposibles los derechos individuales, y no la que el país tiene derecho á esperar y la que se ofreció en el manifiesto de coalición, haciendo, para probarlo, el paralelo entre las facultades que al nuevo monarca se conceden en el proyecto y las que tenía doña Isabel de Borbon, para lo cual, dijo, no se necesitaba haber hecho la revolución de setiembre, toda vez que con la Constitución que se discutía podía reinar doña Isabel de Borbon y reinaría seguramente si su restauración fuera posible y las Cortes le llamasen.

Expuso que el grito de la revolución «Abajo los Borbones», significaba abajo la monarquía, en razón á que no había mas monarcas para este país que los Borbones, y si éste no hubiera sido el propósito de la revolución al gritar «Abajo los Borbones», hubiera añadido «Viva la monarquía.»

Añadió que no podían reinar en España el príncipe Alfonso por ser Borbon y tener además los inconvenientes propios de la minoridad; el duque de Montpensier por ser Borbon, extranjero y antipático, y de imposible venida por lo mismo á España. Que no habiendo monarquía posible para España, lo mejor sería proclamar la república unitaria ó federal, que era la aspiración del país. Que la monarquía debía imponerse por una sorpresa, y por lo mismo el rey hubiera sido posible, y acaso aceptado por el país habiéndole proclamado en Cádiz ó Alcolea en setiembre último.

Dijo que la democracia era la garantía, la hipoteca de la libertad, pero no poniendo aquella al lado de la monarquía.

Hizo un cargo á los democratas, que tenían como tales el deber de defender los derechos individuales por haberlos puesto, según el art. 31 del proyecto, á merced de un rey y de unas Cortes ordinarias.

Y terminó diciendo como Galileo: *E pur si muove*, esto es, que la idea republicana iba ganando terreno, y dando un viva á la república.

Y se levantó la sesión. Eran las doce menos cuarto.

SECCION OFICIAL.

(Gaceta de ayer.)

Por decreto del ministerio de Hacienda de 16 del corriente se declara la compañía de seguros sobre la vida, titulada *La Peninsular*, con domicilio en esta capital, comprendida en el decreto de 5 de febrero último, relativo á instituciones de crédito territorial.

DESPACHOS TELEGRAFICOS.

(DE LA AGENCIA FABRA.)

LONDRES 15.—Consolidados ingleses de 92 5/8 á 3/4.

PARIS 15.—Se asegura que el *Diario Oficial del Imperio* no tardará en publicar un decreto del emperador mandando que vuelvan á sus casas los soldados de la clase de 1863.

La reina de Inglaterra ha dirigido una carta autógrafa á Napoleon III para darle las gracias por la acogida que ha hecho al príncipe y la princesa de Gales.

El periódico el *Gaulois* ha conseguido la autorización para poder ser vendido en los kioscos.

Recibimos por el correo el parte siguiente que nuestros corresponsales intentaron transmitirnos el sábado á última hora.

PARIS 15 (por la noche).—Continúa la agitación en diferentes barrios de París. En el barrio latino se han renovado las luchas entre los estudiantes y la policía.

Una conspiración militar ha sido descubierta y la autoridad ha prendido un cierto número de soldados y oficiales de la guardia imperial.

VENECIA 16.—El príncipe Napoleon ha salido muy disgustado de la acogida poco simpática que ha tenido en esta ciudad. En ningún teatro ha sido el objeto de una ovación cualquiera.

Faltan los partes de hoy.

(DE LA AGENCIA HAVAS.)

FLORENCIA 16.—En la Cámara de diputados Mr. Menabrea explica el programa del ministerio basado sobre el orden, la libertad y el progreso.

Este programa se discutirá simultáneamente con las leyes rentísticas y administrativas.

WASHINGTON 16 (por el cable).—Un bando del presidente Grant fija para el 6 de julio las elecciones. (Es probable que la palabra «elecciones» deba ser reemplazada por la palabra «votos» sobre la nueva constitución del Estado de Virginia.

Votos distintos tendrán lugar sobre los párrafos de esta Constitución que excluyen del sufragio á los indi-

viduos que han tomado parte en la rebelion y que someten á los funcionarios al juramento en testimonio.

NEW-YORK 15 (por el cable).—El almirante Koff, agente del gobierno de los Estados-Unidos en Cuba, anuncia que la insurrección es débil y está en decadencia.

El gobierno de los Estados-Unidos ha ordenado á los funcionarios de la aduana, se apliquen rigurosamente las leyes de neutralidad para impedir las expediciones que salen de la costa americana.

Servicio particular de El IMPARCIAL.

DESPACHO TELEGRAFICO.

CADIZ 17, á las siete de la mañana.—MADRID 17, á las siete y treinta y ocho minutos.—A las seis de esta madrugada ha llegado el vapor-correo de la Habana al puerto de Cádiz.

SECCION DE NOTICIAS.

IMPARCIAL.

Recomendamos al presidente del *Club del Progreso* si sirva leer de nuevo el sueldo que anteaer publicamos referente á aquella asociación. El IMPARCIAL, que en efecto recuerda que trató de este asunto hace algun tiempo, no duda ni un instante que el *Club del Progreso* se propone un fin laudable con la cuestación que está realizando en favor de los pobres y de que lo verificará de la manera mas honrada y generosa; pero insiste en suponer que la posibilidad de que á la sombra de la asociación haya quien pretenda explotar la caridad pública. Por lo demás, el señor presidente del *Club del Progreso* comprenderá sin gran esfuerzo que el haber pedido autorización para organizar la asociación y verificar las cuestaciones, no es habérsela obtenido; y este es precisamente el conocimiento oficial á que nos referiamos en nuestro sueldo anterior, con tanto mas motivo cuanto que, como él mismo nos manifiesta, el señor gobernador de la provincia no ha recibido la solicitud que al efecto se le dirigió, cosa que ha obligado al *Club del Progreso* á reproducirla al día siguiente de aparecer dicho sueldo.

La *Gaceta* publica el estado de las cantidades recaudadas por timbre de periódicos hasta el mes de abril último. De dicho estado resulta que han pagado para la Península:

	Escudos
La Correspondencia.....	15,372,500
El IMPARCIAL.....	6,560,400
El Pensamiento Español.....	5,572,350
La Iberia.....	4,435,100
La Esperanza.....	3,351,800
La Epoca.....	3,303
La Regeneración.....	2,851,500
Las Novedades.....	2,065,800
La Igualdad.....	2,032,700
El Cascabel.....	1,903,200
La Política.....	1,277,500
Gil Blas.....	1,150
El Siglo.....	1,088
La Reforma.....	984
El Universal.....	891,840
La Cosa Pública.....	883,800
El Diario Español.....	858
El Labriego.....	840,300
Los Sucesos.....	674,600
El Puente de Alcolea.....	671,600
La Legitimidad.....	613,600
La Discusión.....	594
El Jeremías.....	560,900
La Nación.....	546,200
El Centinela del Pueblo.....	352,900
El Amigo del Pueblo.....	352
Las Cortes.....	345,448
La Democracia Republicana.....	303,950
La Independencia.....	301
El Certamen.....	181,400
La Opinion Nacional.....	88
La Monarquía Democrática.....	60
El Pueblo.....	60

Las obras de embellecimiento del paseo de la Castellana quedarán terminadas en la presente semana. También se dará mayor impulso á las nuevas obras de la plaza de la Independencia.

Para la trasformación de la fachada de la iglesia de San Ginés, que da á la calle del Arenal, parece que desaparecerá la capilla del Santo Cristo con objeto de quitar la rinconada que ahora forma.

Ayer ha empezado á circular entre los republicanos una medalla de bronce del tamaño de medio real, en cuyo anverso figura el mundo bañado por los rayos solares, la balanza de la justicia y sobre su fiel un gorro frigio. En el reverso se lee la siguiente inscripción: «Los democratas republicanos protestan contra la monarquía. Sirva este bronce de memoria y enseña del gran partido.»

En la Caja de Ahorros de Madrid ingresaron ayer domingo 43,030 rs. en 169 imposiciones de las que 17 eran nuevas.

Se reintegraron 290,890 rs. 79 cént.

El timbre de periódicos ha producido en el mes de abril último 10,374 escudos 350 milésimas para la Península, 165,200 para las Antillas y 296,250 para Filipinas.

Dice un colega catalán:

«Se nos ha asegurado que el miércoles último por la noche, D. Mauricio de Albert y Carrasco, comandante de la Guardia civil en situación de reemplazo, fué conducido á Barcelona escoltado por una pareja de dicho cuerpo.»

En la última junta general celebrada por la tertulia progresista se propuso y fué nombrado por unanimidad socio de la misma, nuestro amigo el Sr. Echeagaray. Despues se pronunciaron varios discursos por los señores Bautista Alonso, Mata, el sacerdote Sr. Gimenez, y Franco Alonso. El Sr. Echeagaray, en una corta pero brillante improvisación, dió las gracias á la tertulia por la felicitación que le había dirigido, y el Sr. Mata en nombre de los socios contestó al Sr. Echeagaray.

RECTIFICACION.

En el anuncio publicado en el núm. 705 de El IMPARCIAL, correspondiente á la edición de la mañana del 14 de este mes, enumerando correlativamente las bolas para la amortización de billetes hipotecarios de la primera serie del Banco de España, y la numeración de estos como resultado del sorteo celebrado el día anterior, se cometieron los errores que se apuntan y subsanan á continuación:

Donde dice:	Debe decir:
1271 Del 127001 al 109	1271 Del 127001 al 100
2652 265171 200	2652 265101 200
336 335901 336000	336 335901 336000
4133 413281 300	4133 413201 300
4351 435001 190	4351 435001 100
4635 463501 600	4635 463501 600

